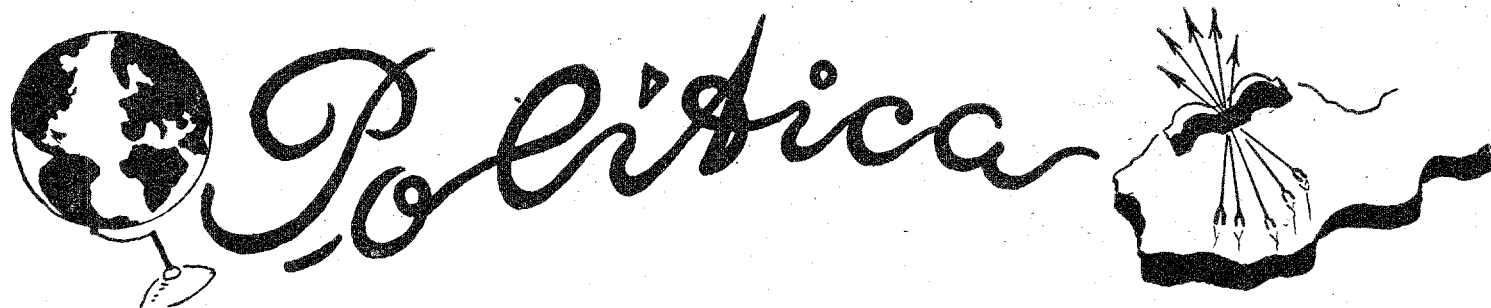




Juan Español, ¡atiende!

Juan Español, buenazo él, campechano él, ha gustado siempre en sus ratos de solaz y de tertulia de mostrar su ingeniosidad. La chispa mordaz, el chiste feliz y la agudeza verbal ha sido siempre la sal con que ha aliñado sus conversaciones ociosas. ¿Quién no le ha oído contar la última frase de Oto...? Pero esta ingenuidad, esta campechanía, ha sido aprovechada por los sútiles psicólogos que persiguen la destrucción de las virtudes de Juan Español, convirtiendo su chiste pueril, su ingeniosidad optimista, en frase mordaz y agudeza repleta de mendacidad, que le hacen perversamente infantil; y su alegría verbal transcribe conceptos que lesionan prestigios, hieren reputaciones, arañan el honor y desmoronan la fe.

El chiste personal, cuanto más elevado sea el personaje mejor, es difundido hasta lo infinito, y aumenta, crece, se abulta, hasta que, cual pompa de jabón, estalla, desaparece y queda relegado al olvido. Pero sí, el chiste ha sido olvidado, más el concepto no. Andando el tiempo una reputación habrá quedado maltrecha, una personalidad habrá quedado anulada. ¿Quién no recuerda los procedimientos que fueron utilizados para difamar a aquellos insignes españoles que colaboraron con el llorado Primo de Rivera?

Juan Español ¡atiende! La paternidad del chiste, siempre te es desconocida. Tú eres bueno. Tú eres noble. Cuando el chismorreó era de tu invención, no corrían por esas calles tanta agudeza pican-

te, ni tanta perversidad de lenguaje, ni tanta mendacidad.

Y es que el mismo ser anónimo que, en la sombra, pone hogaño el chiste procaz a tu disposición, es el mismo que antaño colocó en manos de Juan Español, demócrata y liberal, «El Capital», de Carlos Marx, las ideas de Bakunin, las perversidades de Giordano Bruno o las extravagancias de Freud.

Juan Español, ¡despierta! Deja el chismorreó alusivo y corruptor y coje tus herramientas de trabajo. Samuel desde su poltrona te contempla y aunque sabe que es tu mayor honor ser Juan Español, él sigue creyendo que todavía eres Juan Lanas.

Dr. FRANCISCO CAMPS PUNTAS

Delegado Comarcal de Sanidad
de F. E. T. y de las J. O. N. S.

miento que hable directamente a los sentidos? ¿Significa adelanto o retroceso? Recuerdo a una infeliz criatura que de los cinco sentidos sólo percibía el del tacto y la Hermana de la Caridad que la cuidaba y la llevaba siempre de la mano, decía que por medio de aquel único sentido, aproximándola al calor del sol, había podido infiltrar en ella la idea de Dios, y que algo se decían y ambas se comprendían. Pero que pocas cosas podían decirse! Qué pocas, pues, podrán decirse con tan solo el ritmo, aunque un gran maestro nos diga en verdad, usando la forma del Evangelio: «En el Principio era el Ritmo!»

Tal vez se dirá: «Podemos percibir su belleza bajo el punto de vista folklórico y por el esfuerzo de nuestra voluntad, si hacemos la correspondiente composición de lugar». En llegando aquí, conforme; pero vamos a ver:

Cuántas veces hemos visto a un hombre rudo, sin ninguna educación, que al descender de sus montes y encontrar tal vez a su amada no sabe saludarla de otro modo que darla un duro golpe en la espalda, con su mano fuerte y pesada, y esto que a todos los circunstantes les avergüenza y les hace exclamar con razón «¡que bruto!»; si hacemos composición de lugar, veremos que también hay en ello algo de belleza, tanto más que su rudeza, puesto que con ello no pretende herirla, sino manifestarle los sentimientos y afectos que por su ignorancia no sabe expresarle con palabras. ¿No será este el caso del Jazz? Si así fuera, por nuestra buena voluntad y condescendencia podríamos admirar la belleza que pudiera contener; pero sólo esto y basta; no hacer de ello un sistema y mucho menos presentarlo como algo de un valor extraordinario y no desviar en consecuencia a la presente generación en su gusto musical.

Qué diríamos de un señor que se encontrara presente en el caso que acabo de describir el cual haciéndose paladín de esta causa dijera: «Este hombre no es un bruto, es un artista, poseedor de un nuevo sistema, de una técnica nueva para expresar sus ideas bellas. Dejadle paso franco en los salones, que se introduzca en medio de las damas y caballeros, en medio de la cultura. Quién es este que le desprecia porqué al saludarle no sabe hacerlo como él ¡ignorante! Que aprenda su técnica, su estilo y lo comprenderá. Si

hasta hoy ha usado sus métodos finos y delicados de antaño, puede conservarlos, pero además debe aprender el nuevo sistema».

¿Y no es así como hablan los propagadores del Jazz? ¿Y no será esto lo que les debe ocurrir a los grandes músicos que no saben y se avergüenzan de tocar un Fox? Ellos, toda delicadeza, educación, cultura, que viven en su máxima intensidad la música, con una devoción sin par para ella rayando en idolatría, ¿no es significativo que ellos, y tantos de entre los mejores, sean los que les repugne el Jazz? ¿Y no lo es también el que su amigo tema que al entregarse al Jazz, pierda lo que tiene de buen músico, que con tantos afanes se ha ganado? Por lo que se ve y dicen los artistas, solamente excepciones pueden mantener el equilibrio en este juego, con gran esfuerzo por su parte; pero el afecto, el amor, la devoción es para uno con negación del otro, puesto que si es soportado nunca será amado. ¿En vez de hermanos son, pues, enemigos? Tal vez, el hombre de educación refinadísima no puede convivir y se avergüenza de la compañía de un bruto.

Folklóricamente hablando, pues, podemos admirar como el negro, el salvaje, el incivilizado posee bellos sentimientos y llega a decir: con su sistema a su manera, cosas bellas parecidas a las nuestras, pero no vayamos más adelante, no nos contaminemos, no querremos sentir y bailar como ellos. Es mucho mejor hablar siempre a la inteligencia directamente que no comunicarle entre muchas de malas una idea buena valiéndonos de los bajos sentidos. Y si esto fuera el Jazz, como parece ser, Dios nos libre de colaborar en su propagación, pues en este caso la conducta que nos correspondería seguir sería la del señor que dijera al hombre rudo, aunque amablemente: «Muy señor mío, retírese de estos salones y váyase a sus montañas, que si un día deseo apreciar sus ideas bellas si las tiene ya subirá allá arriba y mientras tanto como Vd. puede ver, nosotros somos irreconciliablemente distintos, y en este lugar Vd. no cabe.»

¿Es aplicable este ejemplo al Jazz? El tiempo lo dirá. Mientras tanto si puede parecer precipitado decir: «El Jazz es tan sólo un ruido», más aún paréceme precipitado afirmar: «El Jazz es música».

LUIS PALÁ